

## ¿Que mueran quienes tengan que morir? El sacrificio humano en el capitalismo

Humberto Márquez Covarrubias

¡Moloch la vasta piedra de la guerra!  
¡Moloch los pasmados gobiernos!  
¡Moloch cuya mente es maquinaria pura!  
¡Moloch cuya sangre es un torrente de dinero!  
¡Moloch cuyos dedos son diez ejércitos!

Ginsberg, «Aullido», 1955

En plena crisis del capitalismo mundial, atenazada por la pandemia de covid-19, los líderes políticos de distinto signo ideológico parecen apearse cínicamente al mantra del *laissez faire, laissez passer* (dejar hacer, dejar pasar), pero en esta ocasión mimetizada como una expresión necrófila: *laissez faire, laissez mourir* (dejar hacer, dejar morir). Más que potentados visionarios que defienden a la humanidad y la orientan hacia un mejor futuro, se convierten en los gestores pragmáticos del realismo salvaje, de un capitalismo en fase de crisis crónica o crisis civilizatoria.

En la genealogía ideológica de la muerte dentro del capitalismo, como arma para la gestión del poder, se encuentran antecedentes que sustentan esa tesis en la vertiente del pensamiento liberal y neoliberal. Si bien la frase *Laissez faire et laissez passer, le monde va de lui même* (Dejen hacer, dejen pasar, el mundo va solo) se remite al fisiócrata Vincent de Gournay en el siglo XVIII, en aquel entonces pronunciada contra la intervención del gobierno en la economía, sería en el fragor de la revolución industrial

inglesa, cuando Adam Smith la recupera y populariza para imprimirle un sentido más moderno, acorde a la lógica del capital originario. En *Investigación de la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* (1776), Smith sienta las bases de la economía clásica y propone la tesis de que una economía de «libre mercado» tiende al equilibrio económico, es decir, a la concordancia entre oferta y demanda. No obstante, advertía que ese encuentro requería que la oferta de trabajo se ajustara a la demanda mediante la autorregulación de la población obrera, en consideración a que en el seno familiar nacían y morían los trabajadores, según lo requiriera el «estado de propagación» de la riqueza nacional.

(E)n una sociedad civilizada, sólo entre los rangos inferiores del pueblo la escasez de alimentos puede poner límites a la multiplicación de la especie humana; y esto no puede ocurrir de otro modo que destruyendo una gran parte de los hijos, fruto de fecundos matrimonios.

Así es, como la demanda de hombres, al igual de lo que ocurre con las demás mercancías, regula de una manera necesaria la producción de la especie, acelerándola cuando va lenta y frenándola cuando se aviva demasiado. Esta misma demanda es la que regula y determina las condiciones de la procreación en todos los países del mundo, lo mismo en América del Norte, que en Europa y en China, y por ello es rápida y progresiva en la primera, lenta y gradual en la segunda, y por completo estacionaria en la última (Smith, 1958:77-78).

Con este aserto, Smith no era un falsario, sino que su argumento develaba el sacrificio humano que en efecto sucedía en los albores de la industrialización inglesa y que seguiría siendo una pauta de reproducción social regresiva en su continuo desarrollo. Desde la concepción liberal clásica, las

leyes del mercado dejan morir a quienes no tienen posibilidades de vivir; el equilibrio de la metafórica «mano invisible» del mercado se realiza en tanto se deja perecer a los miserables que no tienen cabida en el impetuoso mundo moderno. El mercado es el mecanismo abstracto que supedita todas las relaciones sociales a las relaciones mercantiles y desde ese mirador se ejerce el veredicto de quién debe dejar de existir. Los seres humanos sobrantes, quienes no pueden cumplir con las exigencias del mercado, reciben una condena a muerte inapelable.

El afamado gurú del neoliberalismo, el austriaco Friedrich Hayek, dos siglos después, prácticamente refrendó la misma tesis de Smith, aunque con otras motivaciones:

Una sociedad libre requiere de ciertas morales que en última instancia se reducen a la manutención de vidas: no a la manutención de todas las vidas, porque podría ser necesario sacrificar vidas individuales para preservar un número mayor de otras vidas. Por lo tanto, las únicas reglas morales son las que llevan al «cálculo de vidas»: la propiedad y el contrato (Hayek, 19 de abril de 1981).

Es decir, en esa espectral «sociedad libre», léase capitalista, es imposible garantizar el sustento de todos los seres humanos, porque ese no ha sido ni será su cometido. Más bien se precisa que determinadas vidas humanas sean, en definitiva, sacrificadas, si se quiere que un mayor número de vidas se mantenga. Entonces, el «cálculo de vidas» acorde al economista austriaco sólo se justifica en la medida en que se garantiza la pervivencia de los pilares de la economía capitalista: la propiedad (privada) y el contrato (mercantil). Empero, el «cálculo de vidas» supone, inevitablemente,

su contraparte, su lado oscuro: «El cálculo de muertes», a decir verdad, un cúmulo de muertes verídicas que se ofrecen como sacrificio humano para que el molino de la acumulación de capital no se detenga (Hinkelammert, 1977). Como en toda ideología del sacrificio humano, semejante a una teología de la prosperidad, se puede admitir que esa ofrenda en vidas presentes será recompensada con vidas en un futuro, el cual sin embargo parece que nunca llegará. La tesis del economista austriaco resulta una argucia cínica, en cuanto que se apega a lo que el realismo capitalista ofrece a los sectores redundantes de la economía, pero también es una falacia porque en realidad es una arma ideológica para justificar la muerte real de personas de carne y hueso que no logran sobrevivir dentro de una sociedad mercantil capitalista que impone el criterio toral de la máxima ganancia posible sobre cualquier imperativo de reproducción de la vida humana en conjunción con su entorno planetario, donde se convalida la inmolación de las fuentes de la riqueza material: el trabajo humano y la naturaleza.

El cumplimiento del contrato mercantil significa, por ejemplo, la obligatoriedad irrenunciable de pagar las deudas. Esta premisa es valedera lo mismo para un individuo que para un país. Podría decirse, simbólicamente, que, en caso de no solventar las deudas, el deudor tendría que pagarlas con su propia sangre, es decir, tendría que despojarse de sus ingresos presentes y futuros, perder su patrimonio o, en su defecto, adquirir otra deuda onerosa para sufragar la deuda primigenia, independientemente de sus necesidades materiales. Estas medidas desesperadas significan una expropiación o desahucio que pudiera ocasionarle la ruina, la enfermedad o el suicidio. Las deudas impagables terminan por aniquilar a los trabajadores pobres. Tales disposiciones son aplicadas con determinación por instancias reputadas, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) o

el Banco Mundial (BM), pero también por la banca comercial y los alevosos agiotistas institucionales o informales. En tanto que los gobiernos las adoptan como premisas de la gestión pública tributaria del capital financiero internacional.

El fundamentalismo del mercado, formulado por autores de la corriente convencional (*mainstream*) como Friedrich Hayek, Milton Friedman y Karl Pooper, establece las bases teóricas para justificar las políticas neoliberales como la desvalorización del trabajo, la austeridad y recorte del gasto público, la desregulación de mercados y la privatización de servicios públicos, entre otras disposiciones. Es decir, justifica el marco teórico y político para acrecentar los márgenes de ganancia del capital, a costa de la vida material de los trabajadores y de la degradación del conjunto de la vida humana y natural que la sustenta.

La contradicción immanente del capitalismo descansa en un precepto irracional que le imprime sin embargo su esencia racional: el lado racional del capitalismo es la ganancia, la competitividad, el crecimiento; el lado irracional es la destrucción de vidas y de la naturaleza. Dicha contradicción también tiene su elaboración teórica, ya sea justificadora o crítica. Muestra de ello es el concepto de «destrucción creadora», también traducido como «destrucción creativa», que había sido mencionada por Werner Sombart (1916), pero que fue popularizada por Joseph Schumpeter para referirse a «un proceso de mutación industrial (...) que revoluciona incesantemente la estructura económica desde dentro, destruyendo ininterrumpidamente lo antiguo y creando continuamente elementos nuevos. Este proceso de destrucción creadora constituye el dato esencial del capitalismo» (Schumpeter, 1968:118-121). La innovación capitalista deambula entre lo viejo que perece y lo nuevo que hace eclosión. Esta idea procede, sin embargo, de Marx

y sus estudios sobre la acumulación de capital donde se advierte acerca de la aniquilación de capital debido al desarrollo de las fuerzas productivas con un desdoblamiento destructivo y creativo. En particular, los episodios recurrentes de crisis del capitalismo abren ese abanico: «De una parte, con la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, con la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas» (Marx y Engels, 1973:117). En resumidas cuentas, el capitalismo progresa mediante el despliegue de un movimiento incesante de innovación que avanza destruyendo y creando, además de generar crisis que acentúan esa dialéctica.

Una variante de interpretación sociológica, cínica e ideológica, es el llamado darwinismo social (atribuido a Herbert Spencer, quien por su parte se remite a Thomas Malthus y Jean-Baptiste Lamarck), que supone una extrapolación de la teoría de Charles Darwin (*El origen de las especies*, 1959) sobre la evolución de las especies mediante la selección natural de índole biológica que da lugar a la sobrevivencia de los más aptos en la sociedad humana acorde a su organización económica y política. En esa vertiente sociológica se plantea una tesis semejante: sobreviven los grupos humanos más aptos y se extinguen los grupos humanos o etnias más débiles. La lucha competitiva entre los humanos que coexisten en una sociedad mercantil significa, a la postre, la sobrevivencia de los más aptos, los más competentes, los más calificados, quienes pueden y deben sobrevivir, a expensas de los incompetentes, los descalificados, los obsoletos, los anacrónicos. La extrapolación del evolucionismo biológico a la explicación de la evolución de la sociedad humana ha sido fallida, y no ha sido mayormente aceptada, inclusive no la respaldan del todo los formuladores de la doctrina del gen egoísta (Dawkins, 1976),

según la cual la evolución no procede de los individuos sino de los genes o, más específicamente, de los alelos que pasan de una generación a otra como producto del éxito reproductivo.

Develar las argucias ideológicas del sistema es crucial para entender las armas que soportan al sistema y que provocan muertes reales. Los diversos planteamientos ideológicos que justifican el sacrificio humano frente al imperativo del dinero progresivo impuesto por la valorización del capital se acogen al economicismo liberal y neoclásico y a la mitología del poder político del Estado. La sentencia necrofílica parece ser que la muerte es fuente creadora de vida, como si de un acto de regeneración de la naturaleza se tratara, donde los nutrientes y átomos de un cuerpo yacente alimentara a otros organismos y se metamorfosearan en nuevas formas de vida terrestre, a expensas de las relaciones sociales, las formas de dominación y la espiral de acumulación de capital. Esa mitología ha sido funcional al poder desde tiempos inmemoriales en sociedades antiguas que justificaban sus guerras, conquistas y sacrificios humanos como ritos del poder. Desde la antigüedad hasta la modernidad se ha sostenido esa mitología del sacrificio, y se ha representado en atrocidades como el holocausto, la conquista colonial, las guerras imperialistas y el lanzamiento de bombas atómicas sobre población civil. A su vez, el ejercicio del poder político del Estado se funda, entre otros preceptos, en los mitos de la dominación: desde el combate a enemigos externos e internos, hasta la difusión de la libertad, la democracia y los derechos humanos. Así ha ocurrido en las más diversas civilizaciones, desde los fenicios hasta el capitalismo neoliberal, pero ahora acontece a grados superlativos con medios más sofisticados.

Los dioses, que no son sino creaciones míticas de la humanidad en tanto seres superiores, han sido sustituidos por el gran dios del mercado y del

dinero. La nueva entidad superior representada por el mercado, la competitividad, la eficiencia y el dinero, no admite otras prioridades, ni siquiera el derecho a la vida ni los derechos humanos. En una sociedad mercantil donde persisten las desigualdades estructurales, la exclusión y la discriminación, la presunción del «cálculo de vidas» hayekiano o la sobrevivencia de los más competitivos, es un subterfugio del hecho incontrovertible de que en el capitalismo los sacrificios humanos no son hechos azarosos sino víctimas propiciatorias del sistema capitalista.

En definitiva, el planteamiento ideológico pretende justificar la estela de sacrificios al Moloch capitalista: inevitablemente habrán de morir los que tengan que morir, porque hay que ofrendar el trabajo vivo, la vida humana, a la deidad, el Moloch, la máquina de hierro capitalista.

Inevitablemente se presenta el problema de que las obras teóricas clásicas son una simiente para el pensamiento y el entendimiento del mundo social, además de un basamento para la formulación política y la práctica social, pero también supone el riesgo de forzar las teorías y sus alcances para que encuadren con la compleja realidad, amén de forzar la realidad para hacer que encuadre en el marco teórico y político que buscan mistificar el orden establecido y sus mecanismos de dominación. El mayor riesgo es que se conviertan en eficaces armas ideológicas que imponen, incluso naturalizan, el estado de cosas. Por lo que se tornan en dispositivos ideológicos y dogmas que modulan las formas de pensamiento sin un ápice de crítica o autocrítica.

Derivado del concepto foucaultiano de biopolítica y de Estado de excepción schmittiano, Achille Mbembe (2011) plantea el término de *necropolítica* para designar un modo de gobernar basado en el criterio soberano de «quién vive y quién muere» y, en consecuencia, del abanico de



políticas implementadas de «subyugación a la muerte» con propósitos de control poblacional. En un mundo con creciente escalada de racismo, fascismo y nacionalismo, el cometido es significar el hecho de que el poder del Estado se ejerce mediante instituciones disciplinarias que intervienen la dimensión biológica de la población para acrecentar la productividad y preservar la vida, pero excluyendo a gran parte de la humanidad. En los espacios de exclusión, en vez de operar como una gestión de la vida, la soberanía funciona como gestión de la muerte, inclusive se gestan individuos cual «muertos vivientes». En última instancia, la gestión estatal de la vida y la muerte están entrelazadas. Como lo ilustra el hecho de que al tiempo que se establecen enclaves económicos con esclavos en el Caribe, en Europa florece la democracia liberal. Desde una perspectiva racista, el poder soberano se arroga la potestad de dar muerte dentro de un espacio político basado en el principio de conservación de la vida humana. Para Mbembe, la «necropolítica» está vinculada con la «necroeconomía» del capital. Admite que en el capitalismo se produce una gran masa de población superflua que el capital ya no necesita explotar (asunto que ya había sido abordado por Marx en torno a la sobrepoblación relativa o la ley de población derivada de la acumulación capitalista); sin embargo aquí se agrega la idea de que se requiere fijar algún modo de gestionar esos excedentes de población, mediante técnicas como exponer a los infortunados a una serie de peligros y riesgos, que pueden ser mortales, o mediante la «zonificación» donde son aislados y encerrados para tenerlos bajo control (Fernández-Savater, Lapuente y Varela, 17 de junio de 2016).

Con antelación, Franz Hinkelammert había advertido sobre la dicotomía entre la *economía de la muerte* y la *economía de la vida*, donde en el capitalismo «la última instancia de toda ley e institucionalidad es la

administración de la muerte» (Hinkelammert, 2008:215). Resueltamente, el orden capitalista es la administración de la muerte a través de sus instituciones, leyes y mecanismos de dominación:

Esta muerte es la muerte producida por el mercado, que no es, como la muerte propiciada por el poder político, una muerte dada directamente, sino un dejar morir. El poder del mercado deja morir, el poder político mata directamente. Pero en la mitología actual ambas muertes se presentan como muerte para la vida, es decir, como sacrificio (Hinkelammert, 2008:47).

En la crítica de la economía política, Marx representaba críticamente el rito del sacrificio de la humanidad ante el capital, y para ese propósito aludía metafóricamente al capital como el Moloch, el fetiche al cual se le ofrendan vidas humanas, y cual fetiche reina como un dios en la tierra:

En su carácter de capital [...] le corresponde al capital toda la riqueza que pueda ser absolutamente producida, y todo cuanto ha recibido hasta el presente es sólo un pago a cuenta de su apetito *all-engrossing*. Según sus leyes innatas le corresponde todo el plustrabajo que jamás pueda producir el género humano. Es el Moloch (Marx, 1982a:507).

(L)a industria inglesa, que, semejante al vampiro, no podía vivir más que chupando sangre, y, además, sangre de niños. En tiempos antiguos, el asesinato de un niño era un rito misterioso de la religión de Moloch, pero se practicaba sólo en ocasiones solemnísimas, una vez al año quizá, y, por otra parte, Moloch no tenía inclinación exclusiva por los hijos de los pobres (Marx, 2001).

El valor de cambio expresado en su precio debe ser sacrificado apenas se impone esta transformación específica del dinero [...] (E)l dinero (es) como el carnicero de todas las cosas, como Moloch al cual todo es sacrificado, como déspota de las mercancías [...] (E)l dinero figura efectivamente como el Moloch a cuyo altar es sacrificada la riqueza real [...] De esclavo del comercio [...] el dinero se ha convertido en su déspota (Marx, 1982b:133).

En el capitalismo contemporáneo, como en tiempos de la acumulación originaria y sus fases intermedias, el trabajo humano se inmola y quienes trabajan bajo el yugo del capital, sean los indios, los esclavos o los obreros en distintos periodos históricos, serán mortificados o morirán en las minas, o los obreros en las fábricas o los repartidores de alimentos de plataformas digitales en la vía pública. El hecho económico-político se ilustra en que sea en la boca de la mina, en la fábrica o en la vía pública, el Moloch fagocita, devora, a los trabajadores, hombres, mujeres y niños.

En la moderna sociedad capitalista se han fetichizado a los metales preciosos y al petróleo, al dinero, a la tecnología, al capital, pero en cambio se ha negado a la propia humanidad, a los trabajadores, que significan el trabajo vivo y la encarnación de una fuerza social que interpela la justicia y la propia emancipación de la humanidad. El capitalismo se ha divinizado, idolatrizado, a sí mismo, como una sociedad «libre», esplendorosa, creadora de mercancías y de artificios tecnológicos, pero basada en la explotación de la mayor parte de la humanidad para aumentar la riqueza, o mejor dicho, para aumentar el plustrabajo y enajenarlo como propiedad del capital, de los capitalistas.

El trabajador es mortificado cotidianamente, es lacerado, es expuesto a una muerte aletargada, cotidiana. Sometido a la explotación y la dominación, el trabajador subsumido al imperativo de la valorización sucumbe

ante una muerte social cocinada a fuego lento. En tal sentido no es dueño de sí mismo, no se pertenece, se enajena y se entrega a los designios del capital. Vive para trabajar, vive para sobrevivir, pero muere lentamente sin ser dueño de su creación.

El capitalismo, además, en su lucha fratricida por conquistar territorios, someter a las poblaciones, apropiarse de sus bienes naturales, ampliar sus mercados y sustraer el excedente económico, actúa como una máquina de guerra letal. Las disputas geopolíticas entre los Estados, la industria militar y la guerra como empresa, es uno de los puntales clave para la expansión del capital a escala global y para la proyección de los intereses políticos de las clases gobernantes en las metrópolis del propio capital.

Las expresiones necrófilas, en última instancia, son formulaciones ideológicas del capitalismo, pero no logran cristalizar como proposiciones coherentes con la ideología neoliberal y con el ideario divulgado en los círculos del *mainstream* por reputadas universidades globales o sus remotos nacionales periféricos, o por círculos informativos y tanques de pensamiento empresariales, sino que de manera más extendida atienden a las consignas de una economía de la muerte o de una cultura de muerte, o de la conjugación de ambas, que amplifican una visión social donde la muerte de los seres humanos es un espectáculo de la vida cotidiana, un daño colateral o un sacrificio en pos de un bien mayor. Esta visión no sólo resurge en determinados sectores empresariales habituados a sacrificar personal, a desechar trabajadores, a sobrellevar la mortandad humana como insumo productivo, sino que además se instala en una serie de normas, prácticas, instituciones y leyes que la permiten, la toleran y la incitan. Así ocurrió durante la peste negra, sobre todo en el ámbito religioso, y ahora se presenta, bajo otro rostro, en la pandemia de covid-19.

En la sociedad contemporánea, resurge el mito capitalista del sacrificio humano. Con la crisis sanitaria mundial de covid-19 resuena la voz de ideólogos y panegiristas del capitalismo necrófilo. Sin tapujos, se arguye que hay que «salvar la economía», o hacer lo posible para no «cerrar la economía», así sea necesario que mueran personas, es decir, los trabajadores colocados en la primera línea de las «actividades esenciales»; eso es lo realista, lo racional y lo correcto. O, en su defecto, se niega la realidad, sobre todo los decesos que pudieran haber sido prevenidos, con tal de salvar al gobierno en turno, del signo político que fuera. De un lado, el orden con sus intereses capitalistas y estatalistas, y, del otro, los trabajadores y su vida expuesta. Desde este posicionamiento político se concibe a la actividad humana como una *economía de la muerte*, que amerita sacrificios humanos para subsistir y reproducirse.

Bajo el concepto de «inmunidad de rebaño», los ideólogos del capitalismo salvaje y la selectividad sociobiológica estipulan que, en una colectividad de humanos, configurada como una manada o rebaño, hay individuos con predisposición biológica, protegidos con anticuerpos, para sobrevivir a las infecciones de agentes patógenos, como se presume para la pandemia de SARS-CoV-2, pero no obstante habrá individuos débiles (enfermos, pobres, viejos) que irremediablemente fallecerán. Es la aceptación tácita al principio de la «supervivencia del más apto» de las especies biológicas formulada por Darwin, pero trasladada a la sociedad humana capitalista, donde la supervivencia se libra como una lucha de clases y la disputa por el acceso a condiciones materiales de existencia.

En el punto más álgido de la crisis sanitaria, los códigos de ética del sector hospitalarios identifican un dilema y su posible respuesta que se orienta hacia un protocolo de atención preferencial a los más aptos y no

a los que habrían de morir. Ante la eventualidad de un desbordamiento de hospitales públicos por pacientes con covid-19 que requieren atención médica, y dado que el equipo e instrumental es escaso, se tiene que optar por brindar la atención a unos y denegarlo a otros. El dilema se resuelve ofreciendo la atención a los enfermos que tengan mayores posibilidades de sobrevivir, en detrimento de quienes se estima que habrán de perecer. Para efectos prácticos, esta consigna se ha instrumentado en muchos casos como una política refractaria de atención a enfermos crónicos y otras enfermedades con la intención de mantener artificialmente el indicador de «camas disponibles», esto es, crear la imagen de que los hospitales, pese a sus limitaciones, no están desbordados. En esa lógica, algunos códigos de entendimiento entre paramédicos y hospitales sobre el diagnóstico de enfermos graves suponen que, en caso de colapso y posibilidad de muerte, será innecesario tramitar el ingreso del desahuciado y se optará por dejarlo morir en un entorno extrahospitalario. Estos enfermos no califican para recibir medicina crítica en situación de emergencia. Además, se instrumentan políticas de atención ambulatoria de pacientes crónicos y afectados por el coronavirus, a fin de que se atiendan en casa. En términos más amplios, también se puede advertir una desigual distribución de vacunas entre países con diferentes niveles de desarrollo y capacidad de pago, asimismo programas de vacunación insuficientes dentro de países periféricos. Son problemas éticos de la órbita médica, pero también formas genéricas de administración de la vida y la muerte que se adhieren al rito sacrificial en el capitalismo.

Ante la gravedad y profundidad de la crisis actual, que no sólo es sanitaria ni coyuntural, y debido al vocerío del poder que confunde y niega la realidad, se esparce el virus de la incertidumbre, del miedo, pero sobre

todo el desconocimiento de la realidad capitalista, donde la ciencia es deshabilitada para estudiar la problemática en todas sus dimensiones y niveles, y tan sólo nos quedamos con trozos de discursos, frases efectistas y micro mensajes de las redes digitales; en mucho mejor medida exploramos respuestas efectivas a la situación de emergencia social. Quienes gobiernan de facto tienen a su disposición megáfonos en todas las vías de comunicación y recursos narrativos que propalan el mito de que la muerte, ni modo, crea vida. Por tal razón, es menester desmontar esa mitología y develar los problemas de fondo.

Algunos gobernantes, cínicamente han expresado la frase lapidaria de «que mueran los que tengan que morir» o variantes retóricas semejantes. Otros, más pudorosos, sin pronunciar ese tipo de fraseología son, sin embargo, consecuentes con sus prácticas necrófilas. En el peor de los casos, existen políticos dirigentes que adoptan posiciones pre-científicas, negacionistas, inclusive apegados al pensamiento mágico, y en su intentona por negar la realidad se conducen como si nada estuviera pasando, como si todo marchara bien y su gestión fuera inmejorable.

La proposición es clara, aunque esté encubierta: algunos tendrán que morir, al final de cuentas es lo que ocurre inexorablemente en la sociedad mercantil capitalista, que estipula la primacía del capital sobre la vida. Durante la pandemia, que no es sino un síntoma de la crisis crónica del capitalismo, se han registrado millones de muertos a escala mundial, pero los gobiernos se justifican aduciendo que esto era de esperarse, resultaba inevitable, no había mucho que hacer ante la inoportuna peste contemporánea, en tanto que las voces críticas a esos decires eran fustigadas por ser alarmistas, contestatarias o irresponsables. No obstante, gran parte de las muertes atribuidas a la pandemia y sus comorbilidades eran muertes que,

en buena medida, según los expertos y analistas aplicados, con fundamento en evidencias científicas y buenas decisiones políticas, podían evitarse.

Más que un pleonasma, la expresión «¡que mueran los que tengan que morir!» expresa una divisa cínica del capitalismo necrótico, pronunciada o insinuada por los emisarios del poder político, quienes asumen la potestad de determinar quién tiene que morir, quién puede sobrevivir, quién vive para trabajar y quién vive a costa de los demás.

De lo que se trata, además de develar las armas ideológicas del capitalismo necrótico, es de afirmar el sentido positivo de la vida, de una *economía para la vida* (Hinkelammert y Mora, 2006; Márquez, 2013), por oposición a la economía de la muerte o la economía de guerra, donde la organización socioeconómica y política tenga como criterio toral la reproducción de la vida humana en conjunción con su entorno planetario. El sentido crítico es afirmar la vida, defender la vida, administrar colectivamente la vida.

## Referencias

- Darwin, C. (2018). *El origen de las especies*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Dawkins, R. (2009). *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*. Barcelona: Salvat.
- Hayek, F. (19 de abril de 1981). *El Mercurio*. Citado en Hinkelammert, F. (2008). *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad: materiales para la discusión*. México: Driada.
- Hinkelammert, F. y Mora, H. (2006). *Hacia una economía para la vida. Preludio a una reconstrucción de la economía*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.



- Hinkelammert, F. (2008). *Hacia una crítica de la razón mítica. El laberinto de la modernidad: materiales para la discusión*. México: Driada.
- Hinkelammert, F. (1977). *Las armas ideológicas de la muerte*. San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Schumpeter, J. (1968). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid: Aguilar.
- Márquez, H. (2013). «Apogeo del capitalismo corporativo y dominación de los mundos de vida». *Estudios críticos del desarrollo*, 3(5).
- Marx, K. y Engels, F. (1973). *Manifiesto del Partido Comunista* (Obras Escogidas), tomo I. Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, K. (1982a). *El capital. Crítica de la economía política* (tomo III, vol. 7). México: Siglo XXI.
- Marx, K. (1982b). *Elementos fundamentales para la Crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México: Siglo XXI.
- Marx, K. (2001). «Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores». Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/1864fait.htm>
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Fernández-Savater, A., Lapuente Tiana, P. y Varela, A. (17 de junio de 2016). «Achille Mbembe: «Cuando el poder brutaliza el cuerpo, la resistencia asume una forma visceral»». *El Diario*. Recuperado de [https://www.eldiario.es/interferencias/achille-mbembe-brutaliza-resistencia-visceral\\_132\\_3941963.html](https://www.eldiario.es/interferencias/achille-mbembe-brutaliza-resistencia-visceral_132_3941963.html)
- Smith A. (1958). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sombart, W. (2001). *El apogeo del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.